

V
923
P

DP181
-P4
115



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

Antonio Perez y Felipe Segundo.

I.

Corte de Felipe II.—Carácter de este príncipe y de su ministro Antonio Perez.—Verdaderas causas de la muerte del secretario Escovedo.

El proceso de Antonio Perez es uno de los acontecimientos más singulares de un siglo en el que, sin embargo, abundan los sucesos extraordinarios: acontecimiento que pertenece al dominio de la historia, ya por la importancia de los personajes que en él figuran, ya por las causas que lo produjeron, y que facilitan mucho el conocimiento del carácter y política de Felipe II, como también por las consecuencias que tuvo, dando lugar á la revuelta, invasión y servidumbre del reino aragonés, cuya antigua constitucion pereció en aquella circunstancia; y finalmente por los misterios que deja aun por aclarar.

006692

Si para someter este grave y tenebroso asunto á nuevo exámen no me fuese dable disponer más que de las memorias de Perez, mantendria ociosa mi pluma. No porque Perez no facilite preciosos documentos sobre el particular, tanto en sus *Relaciones* dirigidas á la opinion europea, como en su *Memorial* presentado al tribunal supremo del reino de Aragon; pero Perez calla muchas circunstancias, y esto no debe parecer extraño, pues es parte en la causa y no historiador imparcial. Así, sólo cuenta lo que puede justificarle, y deja lo demas en la oscuridad. Empero con el auxilio de nuevos y auténticos documentos espero poner en claro los puntos que envueltos en el velo del misterio presenta aun ese largo y lúgubre drama; explicar la lenta y terrible desgracia de Perez, á quien Felipe II, su cómplice en el asesinato de Escovedo, secretario de don Juan de Austria, tuvo preso por espacio de once años, hizo dar tormento, castigó en las personas de su mujer é hijos, y persiguió con su implacable venganza hasta en el extranjero suelo, dó habia logrado refugiarse, despues de haberse inútilmente puesto bajo la salvaguardia de la justicia, hasta entónces soberana, de Aragon.

¿Qué es lo que decidió á Felipe II á ordenar la muerte de Escovedo, causa primera, ya que no única de todos estos acaecimientos? ¿Qué parte fué la que tomó Perez en la ejecucion de este asesinato? ¿Fué sólo un simple instrumento de la po-

lítica suspicaz de Felipe II, ó bien quien le aconsejó que se desembarazase del secretario, confidente y agente de su hermano? Si por medio de sus consejos le impulsó á tan fatal extremo, ¿guiábanle razones de estado, ó su interés particular? ¿Persuadióle que se deshiciese de Escovedo, suponiendo que éste exhaltaba la imaginacion ambiciosa de don Juan, y le inculcaba proyectos peligrosos, ó se sirvió de este pretexto, engañando á Felipe II, para libertarse de un hombre que vituperaba sus amores con la princesa de Eboli, viuda de Ruy Gomez de Silva, de quien eran uno y otro hechuras? Estos amores, que pone en duda Mr. Ranke, historiador ingenioso y de muchas luces y autoridad, ¿son ó nó una vana suposicion? ¿crearon ó nó, como siempre se ha pensado, una rivalidad entre el rey y el ministro, entre Felipe II y Perez? La desgracia de Perez, manejada con hábil disimulo, y proseguida con implacable dureza, ¿debe atribuirse á la política de Felipe II, que sacrificó á Perez dejando pesar sobre él toda la responsabilidad del asesinato de Escovedo, ó buscarse la causa en los celos vengativos de este príncipe, que se mostró inexorable desde que supo que Perez le habia engañado? Tales son las cuestiones que me he propuesto examinar y resolver.

Felipe II era naturalmente severo y suspicaz: jamás concedia su confianza por completo, y nadie podia jactarse de poseerla, aun en los momentos mismos en que más aparentes pruebas de ello da-

ba. Nadie advertía la pérdida de su favor hasta que recibía el golpe. Ningun signo de impaciencia ni de frialdad descubría anticipadamente el cambio de sus voluntades ó de sus afectos. Dilataba la caída de sus favoritos, como todo lo demas. Esto es lo que experimentaron muchos de sus ministros, y entre otros el cardenal Espinosa, en 1571, y Antonio Perez en 1579. A pesar de su desconfianza, seguía los consejos de aquellos á quienes había conferido su autoridad.—En 1561 observó ya Miguel Suriano, comparándole con su padre, que Carlos V obraba siempre con arreglo á sus propias inspiraciones, miéntras que Felipe se atenia siempre á las de los demas. Efectivamente, su imaginacion era lenta en sus operaciones, poco inventiva y asaz indecisa. Aunque muy dominante, carecía de resolucion, y su voluntad era más bien exigente que imperiosa.

Su sistema minucioso de gobierno, tanto como su natural receloso, le ponian en precision de servirse de hombres que diferian por sus miras y talento, y á quienes dividía la ambicion. Dirigía por escrito los vastos estados de la monarquía; y todas las cosas, así grandes como pequeñas, pasaban por sus manos. Consultaba mucho; vacilaba por largo tiempo y tardaba en decidir por efecto de su irresolucion, y de la lentitud inevitable que imprimía á los negocios la costumbre de leerlo, anotarlo y ordenarlo todo por sí mismo. Aun cuando era muy aplicado y en extremo laborioso, no

podía dar abasto á tantas ocupaciones. Así es que siempre se demoraban sus determinaciones y medidas. Los numerosos consejeros creados por él y por su padre instruían los diferentes negocios que eran de su competencia y le daban sus pareceres en las correspondientes *consultas*. Dejando á un lado estos informes motivados, ordenaba á sus ministros que le expusiesen su opinion por escrito. Por espacio de más de veinte años, desde 1558 á 1579, mantuvo á su lado dos partidos rivales, entre quienes dividía su confianza y su poder. Al obrar así su intencion era ilustrarse por medio de sus opiniones contradictorias; recurrir, segun los casos, á las diferentes cualidades de sus jefes, y ser servido con mayor emulacion.

A la cabeza de estos partidos estuvieron por largo tiempo el duque de Alba y Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, tan altanero y arrojado el uno, como avisado y prudente el otro. En el consejo de Estado, que es en donde ejercían su principal influencia, siempre veían las cosas bajo diverso aspecto, y sacaban conclusiones diferentes. El que lograba ser atendido por el uno, podía contar con que sería desairado por el otro. Placiale á Felipe II su rivalidad, que rayaba en ódio; pues su carácter receloso veía en ello una prenda de seguridad para él; dando al propio tiempo pábulo muy á menudo á las incertidumbres de su espíritu con la divergencia de los pareceres que estos dos principales consejeros de su política

emitian sobre las materias sometidas á sus deliberaciones. En el fondo preferia á Ruy Gómez, que era su sumiller de corps, le habia acompañado á Inglaterra cuando su matrimonio, no se habia separado despues ya nunca de él, y le servia del modo que á él le gustaba ser servido, con una fidelidad absoluta y discreta, aconsejándole sin pretensiones de dirigirle.

Sin embargo, hubo un momento en que pareció que el duque de Alba habia vencido á su antagonista; y fué cuando aconteció la insurreccion de los países Bajos. Tras muchas indecisiones y no poco tiempo perdido, Felipe II resolvió adoptar el plan propuesto por el duque de Alba, prefiriéndole al que recomendaba Ruy Gómez; y envió ese hábil guerrero, ese político duro y terrible, á las provincias sublevadas con un ejército para someterlas y con una autoridad sin límites para castigarlas y regirlas. Pero no habiendo producido buen éxito la fuerza y la violencia, Ruy Gómez, que habia quedado solo junto á Felipe II, hizo reemplazar al duque de Alba por el gran comendador de Castilla, Don Luis de Requesens de Zúñiga, hombre animado de un espíritu de suavidad y moderacion, á quien se encargó volviere á la obediencia á los Países Bajos valiéndose de medidas conciliadoras. El duque de Alba habia visto declinar su crédito al estrellarse en la empresa que se le habia confiado; y el dichoso Ruy Gómez murió en 1573 dejando á su partido más poderoso

que nunca. Este partido, al que se habian adherido igualmente Antonio Perez y Juan Escovedo, ambos, hechura de Ruy Gómez, y que don Juan de Austria ilustraba al exterior con el brillo de sus victorias y de su fama, dominó hasta 1579 en los consejos del Rey de España de los que no excluyó, pero sí anuló completamente al partido contrario.

Hé aquí en qué términos se habla de los dos partidos en una relacion italiana manuscrita del año 1577, uno ántes del asesinato de Escovedo, asesinato que produjo la disolucion de la faccion dominante, ocasionó su ruina poco tiempo despues y acarreó un cambio de las personas y direccion en los consejos y negocios de España:

«El número de personas que forman hoy dia la corte, es muy reducido, pues la frecuentan solo los individuos de la cámara del rey ó de su consejo, en razon á que muchos *cavalieri privati* que asistian á ella para servir al rey ó solicitar mercedes, viendo que Su Magestad vive siempre muy retirado, ó en el campo, dejándose ver poco, concediendo rara vez audiencia y dando poco y tarde, no han podido permanecer en ella más tiempo por los muchos gastos que les ocasionaba, no compensados ni por los placeres ni por los provechos. Divídenla abiertamente dos facciones. La primera es la del arzobispo de Toledo, del marqués de los Velez, de Antonio Perez, de Mateo Vazquez y Santoyo. Preséntase como la más poderosa y

que goza de mayor favor en lo que concierne á la administracion de los negocios que tiene entre sus manos, sin que por eso posea, al parecer, un poder y autoridad extraordinarias. La otra es la del duque de Alba, del prior Don Antonio (de Toledo), del príncipe de Melito, del marqués de Aguilar y de Zayas. Cada una de ellas procura combatir á la faccion opuesta por todos los medios posibles."

El autor italiano hace en seguida una sucinta descripcion de los caracteres de los principales personajes de estas dos facciones en los términos siguientes:

"Repútase al duque de Alba por persona disimulada, artificiosa, de experiencia grande, pero celosa y maligna. El rey le manifiesta mucho aprecio, pero se vale poco de él. No goza autoridad alguna, y está por tierra; así es que pocos solicitan su amistad, ni le dan valor alguno. Para ocultar su escaso favor y su mala fortuna, jamas se aparta del rey.

"El marqués de los Velez, don Pedro Fajardo, mayordomo mayor de la reina, es un hombre reservado taciturno; que hace gala de conducirse con prudencia y de conocer bastante á fondo los negocios del Estado; de un carácter y humor análogos á los del rey, que le emplea mucho; es amigo de llevar una vida muy retirada.

"El arzobispo de Toledo, don Gaspar de Quiroga es el jefe de la faccion dominante. Es de ge-

nio alegre y de benigno carácter; pronto en sus palabras, pero excelente en intenciones, y goza generalmente fama de hombre de bien. Se conoce que el rey le ama y se sirve de su talento, así es que dispone de mucho poder.

"Antonio Perez, secretario de Estado, es discípulo de Ruy Gomez. Es muy discreto, amable, de mucha autoridad y saber. Con sus maneras agradables va templando y dorando muchos disgustos que ocasionarian á algunas personas la lentitud y tacañería del rey. Por sus manos pasan todos los negocios de Italia, y tambien los de Flandes, desde que este país está gobernado por don Juan, que le presta decidido apoyo y le impele hácia adelante, lo que hacen aun en mayor escala el arzobispo de Toledo y el marqués de los Velez. Es tan entendido y capaz que su destino es probablemente el de llegar á ser primer ministro del rey. Es flaco, de salud delicada, de costumbres desordenadas, amigo de medrar y de entregarse á sus placeres, y se paga mucho de que le hagan la corte y le ofrezcan presentes."

Finalmente dice acerca de don Juan las siguientes palabras: "Sigue el partido del arzobispo de Toledo y de Antonio Perez."

Tenia éste á la sazón treinta años. Hijo natural de Gonzalo Perez, que habia sido durante mucho tiempo secretario de estado de Carlos V y de Felipe II, fué legitimado por un diploma del emperador, y llamado á tomar parte en los negocios

desde muy joven. Las teorías de la política italiana, generalmente adoptadas en la práctica en aquella época, le habian comunicado cierta perversidad de espíritu, que estaba hasta cierto punto en armonía con su natural índole. Dotado de una inteligencia perspicaz, de un carácter insinuante, de una fidelidad que no reconocia límites ni escrúpulos, lleno de expedientes ingeniosos, elegante y enérgico en sus escritos, y expedito en el despacho de los negocios, se habia singularmente granjeado la estimacion de Felipe II, que habia ido poco á poco depositando en él toda su confianza. Zayas era el uno de los dos secretarios de estado, y él el otro, y tenia principalmente á su cargo el *despacho universal*; es decir, la refrendacion y la expedicion de la correspondencia diplomática y de las órdenes del rey. Felipe II le comunicaba sus más particulares designios, le iniciaba en sus pensamientos secretos; y Perez era el que, al descifrar los despachos, separaba lo que debia comunicarse al consejo de estado para que diese su parecer en los puntos de política sometidos á su exámen, de lo que el rey reservaba para sí solo. Tan alto favor le habia desvanecido. Afectaba hasta con el mismo duque de Alba, cuando comian juntos en la propia mesa en casa del rey, un silencio y un orgullo, que descubrian á la vez la arrogancia de la enemistad y la embriaguez de la fortuna. De manera que su falta de moderacion en la prosperidad, su excesivo lujo, su desenfrenada pasion á

los placeres, y sus desmesurados gastos, que le precisaban á especular con todos valiéndose de su posicion y favor, excitaban contra él la envidia y la animosidad en la corte austera y dividida de Felipe II, dando por resultado inevitable á la primera ocasion oportuna su caida. Precipitóla él mismo, sirviendo demasiado bien las pasiones suspicaces de Felipe II, y aun quizás excitándolas desmedidamente, contra dos hombres de su propio partido, contra don Juan de Austria, y su secretario Escovedo. Habiendo muerto el gran comendador Requesens en 1576 sin haber pacificado los Países Bajos, cuyos agravios habian aumentado los excesos de los soldados españoles, que dieron al pillaje algunas ciudades y se amotinaron contra sus jefes, Felipe II, envió á ellos á don Juan. La situación era muy delicada, pero la persona que se habia elegido para poner remedio á tantos males era la más á propósito por todos estilos. Hijo de Carlos V, de quien tan gratos recuerdos conservaban los Flamencos, lleno de nobleza y de lealtad, precedido por el brillo de sus victorias, y por la felicidad con que habia llevado á cabo mayores empresas, parecia ser el único á quien le era dado reducir á la obediencia las diez y siete provincias que acababan de unirse por la pacificacion de Gante. Pero don Juan revolvía en su mente grandes designios; designios que fechan de muy lejos, pues los habia concebido, segun Perez, despues de la batalla de Lepanto y de la

toma de Túnez. Aspiraba á conquistar ó hacerse conceder una soberanía; esta fué la razon porque en lugar de dismantelar á Túnez en 1573, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido de Madrid, fortificó aquella ciudad, con la esperanza de que llegaria á ser la capital del reino cuya adquisicion soñaba. El papa Pio V prestó su apoyo á este proyecto que recomendó á Felipe II; mas este príncipe que solo queria utilizar el valor de don Juan en pro de la grandeza de la monarquía española, no dió oídos á semejante pretension, contestando sin embargo al papa de un modo cortés y dándole las gracias por el interés que tomaba por su hermano.

Supuso al mismo tiempo que tan ambiciosos pensamientos se los sugería á don Juan su secretario, Juan de Soto, que Ruy Gomez habia colocado á su lado en la guerra contra los moros de Granada, y le habia acompañado despues en sus expediciones marítimas al Mediterráneo, reputándose entónces peligrosos sus consejos. Creyendo Felipe II que era preciso abstraer á don Juan de tan perniciosa influencia, nombró en reemplazo de Soto á Escovedo, que creia de una fidelidad más á prueba, y que recibió antes de partir para Italia el encargo de procurar un cambio en las intenciones de don Juan. Con objeto de no enojar á su hermano separando enteramente á Soto de su lado, dejóle allí, confiriéndole el empleo de pagador del ejército.

Escovedo no correspondió á la confianza que en él habian depositado. Olvidó muy pronto las recomendaciones de Felipe II para entrar en las miras de D. Juan. Avisóse á la corte de Madrid que hacia á Roma frecuentes y clandestinos viajes. Causaba graves inquietudes el que aquel no informase lo que ocurría, cuando se supo inopinadamente la causa que, evidenciaba que la ambicion de don Juan no habia cambiado de naturaleza, aunque sí de objeto. No pudiendo aspirar ya este jóven príncipe al reino de Tunez, de que habian vuelto á apoderarse de nuevo los turcos, ambicionaba hacerse dueño del de Inglaterra, gobernado por una princesa cuyas opiniones religiosas la colocaban en el bando de la Europa católica. Este proyecto sonreía á la corte de Roma; la Santa Sede despues de haber hallado en don Juan un defensor del catolicismo contra los tureos, creía poder sacar gran partido de su valor contra los protestantes. Un dia pues el nuncio del papa, despues de haber descifrado los despachos que habian recibido de su corte, fué á avistarse con Antonio Perez, y le dijo: «¿Quién es un tal *Escado*?—Perez contestó que seguramente seria el secretario Juan Escovedo.—¡Eso es! contestó el nuncio, he recibido un despacho de su Santidad, en el que en sustancia se me dice que dé un paso con el rey en favor del señor don Juan del modo y forma que me indicará Juan de Escovedo, á fin de que su majestad tenga á bien permitir se lleve á cabo